

TIEMPO DE VIVIR, TIEMPO DE EDUCARSE

Síntesis de la lección inaugural del profesor Dr. Joan Manuel del Pozo en el Centro Asociado de la UNED en Girona, pronunciada en la sede de Salt el 06/10/14

La educabilidad es un rasgo esencial de la condición humana en cualquier momento de su existencia. La plasticidad cerebral no es la misma en edades infantiles que en edades adultas o seniles, pero -salvo casos extremos de enfermedad neurológica o de accidente grave- siempre existe en alguna medida y permite una modificación hacia el crecimiento y la mejora personal, que es el objetivo central de la actividad educadora. Puede decirse, por tanto, que mientras las personas viven, o durante su *tiempo de vivir*, son educables o están en *tiempo de educarse* porque son en todo momento mejorables.

La fuente o impulso de esta mejora es potencialmente múltiple, pero destaca, en las edades infantiles y juveniles, la institución escolar: escuela infantil, escuela primaria, institutos de secundaria y universidades, básicamente. Especialmente en el caso de las universidades cada día es más practicable la educación llamada 'formal' en edades adultas o avanzadas. Con todo, la sociedad contemporánea es cada vez más consciente de que la fuente de la educación es múltiple y diversa; educa la ciudad -como querían los griegos: *polis andra didàskei* (Simónides), "*la ciudad educa a los hombres*" -, educa la familia, educan los medios de comunicación, educan las empresas, educan las organizaciones sociales y las instituciones políticas, educan los clubes deportivos y las entidades culturales, etc.

No toda educación tiene el mismo contenido, pero de toda educación se puede decir que, como mínimo, transmite entre personas algún valor y que, en el mejor de los casos, estimula la creación de valor por parte del propio sujeto educable. En realidad, siempre el sujeto educable o el educando es requerido -sin ser casi nunca consciente en etapas infantiles, pero bastante más en etapas adultas- a educarse él mismo: su compromiso en la propia mejora es tan importante como la actuación de la fuente externa que pretende educarlo. Sin la propia implicación, lo más probable es que la educación que le llegue de fuera acabe siendo improductiva, como una especie de imposición material superpuesta que se soporta o se lleva añadida, pero que no se asimila.

Hay que superar algunas inercias conceptuales de carácter reduccionista relacionadas con la noción de educación: principalmente, tres. La primera, la que pretende reducir la educación a una transmisión estricta de conocimientos teóricos, reduccionismo cognitivista que olvida la integralidad o complejidad de la persona, al olvidar aspectos tan esenciales como la dimensión emocional y la dimensión social. La segunda, la que reduce la actividad educadora a una preparación sólo para el trabajo o para un ejercicio profesional, como si sólo hubiera que educar a las personas para la productividad económica. La tercera, muy vinculada a las anteriores, es la que pretende educar exclusivamente a la persona para la lucha individual(ista) para la existencia, olvidando que una de las principales misiones de toda institución educadora -formal o no formal- es la socialización. La socialización no se ajusta a planteamientos individualistas, muy propios de una cultura hegemónica de matriz neoliberal que desprecia la dimensión social de las personas y del propio conocimiento, de la cultura y de la ciencia.

Uno de los rasgos de la globalización de la sociedad actual es la aceleración del tiempo. La persona hoy está sometida a lo que algunos han llamado la "dictadura del presente",

una vivencia del tiempo que tiende a despreciar el pasado como si pudiera considerarse 'caducado', ignorando que el pasado humano nunca caduca- y a depredar el futuro - poniendo los recursos de generaciones futuras al servicio de nuestro presentismo hiperconsumista-. En esta situación, es muy necesario recuperar el grosor del tiempo, su densidad, para permitir la función autoeducadora en todo momento de la vida. Sin un mínimo '*tempo lento*' la educación no puede establecer el poso necesario para integrar todos los valores en nuestra personalidad. Estamos induciendo en las generaciones jóvenes, pero también en las adultas por una inevitable imitación y contagio, una incapacidad para la espera que desequilibra el crecimiento personal; también nos provoca una dificultad para elaborar la experiencia, que requiere tiempo, pausa y reflexión sobre nuestras vivencias si no queremos reducirlas a anécdotas que se deslizan frívolamente sobre nuestra memoria. Necesitamos sosegar nuestra experiencia para evitar, entre otros riesgos, conformarnos con la información en sustitución del buen conocimiento, con la sustitución de la inmediatez de las imágenes en detrimento del valor formativo esencial de la palabra, que terminan todas juntas por reducir la educación a una variante más del *entertainment*, esta cultura del entretenimiento cada día más arraigada.

Desde el momento en que aceptamos que toda época vital, todo el *tiempo de vivir*, es *tiempo de educarse*, se justifica la ya tópica expresión de educación o formación "a lo largo de la vida". Es una idea sin duda positiva, pero necesita un complemento muy importante, dado que la noción ha quedado ligada desde hace años a una formación o 'reciclaje' para actualizar o reconstruir las capacidades y habilidades estrictamente laborales o profesionales. Es decir, formarse para trabajar mejor. No es nada despreciable el objetivo, pero es muy limitado, porque evidentemente las personas son algo más que trabajadores o profesionales: por eso hay que reivindicar la noción mucho más completa de formación o educación "a lo largo y a lo ancho de la vida" , es decir, abarcando todos los años ("a lo largo") pero abarcando también todos los objetivos vitalmente importantes para las personas ("a lo ancho"), no sólo sus capacidades laborales.

En el amplísimo abanico de posibilidades formativas debemos situar en primer lugar las de la mejora del conocimiento obtenido en las etapas formales, no sólo porque el conocimiento cambia, sino porque el crecimiento cognitivo de la persona es en sí mismo una fuente de mejora y de satisfacción vital principal. Pero además de este, que ya tiene canales universitarios bien consolidados y especializados, también es deseable que las personas busquen su mejora formativa en aspectos tan importantes como el conocimiento, expresión y gestión de las emociones y los afectos; como la formación y maduración de la libertad y la responsabilidad; como el planteamiento de cambios y variaciones importantes en la orientación de la propia vida; como la mejora y afinamiento de la sensibilidad cultural: aprendizajes interesantísimos de la riqueza, tanto para consumir como para crear, del teatro, de la música, de la lectura, de la escritura, de la danza, del cine, etc, etc .; y muy especialmente, todos tenemos mucho que mejorar en la autoformación de la sociabilidad y las prácticas democráticas, dadas las evidentes limitaciones que la política -toda, la institucional y la popular- manifiesta en nuestro país; y, por último, pero no menos importante, tenemos camino para recorrer en la mejora ética en todos los ámbitos, que como ya quería el viejo Aristóteles- es el camino seguro no sólo para la vida buena personal sino también para la colectiva y, además, fuente segura de felicidad.

La educación, en cualquier momento de la vida y en cualquiera de sus variadísimos aspectos importantes además del conocimiento, pide hoy más que nunca la formación y la práctica del pensamiento crítico y científico, un uso competente y exigente del lenguaje natural, una conciencia crítica y lúcida del pasado y de la continuidad del progreso humano y de la ciencia misma, un conocimiento y capacidad de disfrute de las artes y las expresiones simbólicas humanas, unos planteamientos abiertos y transversales del conocimiento, una gran habilidad hermenéutica para movernos sin grave peligro de error en la liquidez cultural y social, un cultivo serio y, por último, pero sin pretensión de exhaustividad, una práctica habitual de las virtudes sociales democráticas: la habilidad dialógica, la flexibilidad negociadora y la adaptabilidad tolerante a los perfiles múltiples de la compleja vida social.